

Olivier Guez

LA DESAPARICIÓN DE JOSEF MENGELE

colección andanzas



OLIVIER GUEZ
LA DESAPARICIÓN
DE JOSEF MENGELE

Traducción de Javier Albiñana

TUSQUETS
EDITORES

Título original: *La disparition de Josef Mengele*

1.ª edición: mayo de 2018

© Éditions Grasset & Fasquelle, 2017

© de la traducción: Javier Albiñana Serain, 2018
Diseño de la colección: Guillemot-Navares
Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. - Avda. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-9066-537-8
Depósito legal: B. 7.331-2018
Fotocomposición: Moelmo
Impresión y encuadernación: Black Print
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

Índice

Primera parte: El pachá	13
Segunda parte: La rata	119
Epílogo: El fantasma	229

El *North King* surca el agua cenagosa del río. Los pasajeros, que han subido a cubierta, escrutan el horizonte desde el amanecer, y ahora que las grúas de los astilleros y la línea roja de los tinglados perforan la bruma, unos alemanes entonan un canto militar, unos italianos se persignan y unos judíos rezan, pese a la llovizna, unas parejas se besan, el transatlántico arriba a Buenos Aires tras una travesía de tres semanas. Solo en la borda, Helmut Gregor cavila.

Esperaba que acudiera a buscarlo una lancha de la policía y así evitar los incordios de la aduana. En Génova, donde ha embarcado, Gregor ha suplicado a Kurt que le haga ese favor, se ha presentado como un científico, un genetista de altos vuelos, y le ha ofrecido dinero (Gregor tiene mucho dinero), pero el intermediario se ha zafado sonriendo: los favores de esa índole se reservan para los peces gordos, para los dignatarios del antiguo régimen, raramente para un capitán de las SS. Aun así, enviará un cable a Buenos Aires, Gregor puede contar con él.

Kurt se embolsó los marcos pero la lancha no ha aparecido. De modo que Gregor aguarda en el gigan-

tesco vestíbulo de la aduana argentina con los demás emigrantes. Sostiene con firmeza dos maletas, una grande y otra pequeña, y observa a su alrededor a la Europa del exilio, las largas filas de personas anónimas, elegantes o desaliñadas, de las que se ha mantenido apartado durante la travesía. Gregor ha preferido contemplar el océano y las estrellas o leer poesía alemana en su camarote; ha pasado revista a los últimos cuatro años de su vida, desde que abandonó Polonia a la desesperada en enero de 1945 y se diluyó en la Wehrmacht para escapar de las garras del Ejército Rojo: su internamiento durante unas semanas en un campo norteamericano de prisioneros, su liberación gracias a su documentación falsa a nombre de Fritz Ullmann, su escondite en una florida granja de Baviera, no lejos de Günzburg, su ciudad natal, donde cortó heno y seleccionó patatas durante tres años haciéndose llamar Fritz Hollmann, después su huida en Semana Santa, dos meses atrás, la travesía de las Dolomitas por caminos sembrados de contrabandistas, la llegada a Italia, a Tirol del Sur, o Alto Adigio, donde pasó a ser Helmut Gregor, a Génova por fin, donde el bribón de Kurt le facilitó las gestiones ante las autoridades italianas y la emigración argentina.

El fugitivo tiende al funcionario de aduanas un documento de viaje de la Cruz Roja Internacional, una autorización de desembarco y un visado de entrada: Helmut Gregor, 1,74 metros de altura, ojos castaño verdoso, nacido el 16 de agosto de 1911 en Termeno, o Tramin en alemán, municipio de Tirol del Sur, ciudadano alemán de nacionalidad italiana, católico, mecánico de profesión. Dirección de Buenos Aires: calle Arenales 2460, barrio de Florida, c/o Gerard Malbranc.

El aduanero inspecciona su equipaje, la ropa meticulosamente doblada, el retrato de una mujer rubia de rasgos delicados, libros y algunos discos de ópera, y hace una mueca al descubrir el contenido de la maleta pequeña: jeringuillas hipodérmicas, cuadernos de anotaciones y dibujos anatómicos, muestras de sangre y de células: un poco extraño para un mecánico. Llama al médico del puerto.

Gregor se estremece. Ha corrido riesgos descabellados para conservar el maletín comprometedor, fruto inestimable de años y años de investigaciones, toda su vida, que se llevó consigo cuando abandonó precipitadamente su puesto en Polonia. Si los soviéticos lo hubieran capturado en posesión de aquello, lo habrían ejecutado sin mediar juicio alguno. De camino hacia el oeste, en la primavera de 1945 de la gran debacle alemana, se lo confió a una enfermera comprensiva, con la que se reunió posteriormente en el

este de Alemania, en zona soviética, un periplo demencial tras su liberación del campo estadounidense y tres semanas de viaje. Después se la traspasó a Hans Sedlmeier, su amigo de la infancia y hombre de confianza de su padre, industrial de profesión; Sedlmeier, con quien se vio regularmente en los bosques que rodeaban la granja donde se enterró durante tres años. Gregor no habría abandonado Europa sin su malecón: Sedlmeier se lo devolvió antes de su marcha a Italia con un grueso sobre lleno de dinero, y ahora un estúpido de uñas mugrientas lo está echando todo por la borda, piensa Gregor, mientras el médico del puerto inspecciona las muestras y las anotaciones hechas con apretada letra gótica. Como el médico no entiende nada, interroga a Gregor en español y éste le contesta en alemán; el mecánico le habla de su vocación de biólogo aficionado. Los dos se miden con la mirada y el médico, que tiene ganas de irse a comer, con un gesto le indica al aduanero que puede dejarlo pasar.

Aquel 22 de junio de 1949, Helmut Gregor ha alcanzado el santuario argentino.

3

En Génova, Kurt le había prometido que en el puerto lo esperaría un médico alemán que lo conduciría

a casa de Malbranc, pero el intermediario ha vuelto a engañarlo.

Gregor da mil vueltas bajo la lluvia, tal vez su contacto ha pillado un atasco. Escruta los muelles, el trajín de los estibadores, las familias reunidas que se eclipsan sonriendo, las pilas de cuero y los fardos de lana de las zonas de los cargueros. Ningún médico alemán a la vista. Gregor consulta su reloj, gime la sirena de un barco frigorífico, Gregor, angustiado, duda en correr a casa de Malbranc, pero decide esperar, es más prudente. Pronto es uno de los últimos pasajeros del *North King*, que sigue en el muelle.

Dos calabreses cargados como mulas le proponen compartir un taxi. Gregor se sorprende yéndose con los piojosos; ese primer día en tierra sudamericana no le apetece quedarse solo, y, además, no tiene adónde ir.

4

En el hotel Palermo, comparte una habitación sin lavabo ni servicios con sus acompañantes, que se burlan de él: Gregor, el tirolés del sur, no sabe ni una palabra de italiano. Maldice su elección, pero asume la situación en que se halla, acepta unas lonchas de salchichón con ajo y se duerme exhausto, con el maletín fuertemente encajado entre la pared y él, a salvo de la codicia de los dos hombres.

A la mañana siguiente, está al pie del cañón. En casa de Malbranc, nadie contesta al teléfono: sube a un taxi, deja el maletín en la consigna de la estación de tren y se dirige a una calle tranquila del barrio de Florida. Gregor llama a la puerta de una espaciosa villa de estilo neocolonial. Regresa al cabo de una hora, llama de nuevo a la puerta, después telefonea tres veces, en vano, desde el café en que ha buscado refugio.

Antes de abandonar Génova, Kurt le ha facilitado un segundo contacto en Buenos Aires: Friedrich Schlottmann, un hombre de negocios alemán, dueño de una floreciente empresa textil. En 1947, Schlottmann financió la exfiltración de aviadores e ingenieros del ejército del aire alemán, vía los países escandinavos. «El hombre es poderoso, podrá ayudarte a encontrar un empleo y nuevos amigos», le dijo Kurt.

Al llegar a la oficina central de la Sedalana, Gregor exige ver a Schlottmann, pero éste va a estar toda la semana de vacaciones. Ante su insistencia, una secretaria lo conduce ante un responsable de recursos humanos, un germano argentino con traje cruzado cuya pinta le desagrada de inmediato. Gregor es candidato a un puesto de gerente, pero, en vez de eso, el joven de pelo aceitoso le ofrece un trabajo de obrero «muy honorable»: cepillar la lana que llega a diario de Patagonia; es lo que suele dárseles a los camaradas recién llegados. Gregor tuerce el gesto, podría saltar a la garganta de aquel mequetrefe. ¿Él, un hijo de buena familia, con dos doctorados, uno en antropología

y otro en medicina, ponerse a frotar, a friccionar ton-
suras de corderos en compañía de indios y extranje-
ros, inmerso en los efluvios de productos tóxicos, diez
horas al día, en un suburbio de Buenos Aires? Gregor
sale dando un portazo del despacho del empleado
y jura retorcerle el pescuezo a Kurt cuando regrese
a Europa.

5

Gregor analiza la situación mientras se toma a sorbos
una naranjada. Encontrar un trabajo, aprender cien
palabras de español cada día, echarle el guante a Mal-
branc, un exagente de la red Bolívar de la Abwehr, los
servicios de inteligencia nazis; sobrellevar la situación
con paciencia permaneciendo con los dos calabreses
aunque podría permitirse un buen hotel. No entiende
el dialecto de los meridionales, sólo que son veteranos
fascistas de la conquista de Abisinia. Unos soldados no
lo traicionarán, así que mejor mantener un perfil bajo
y sus preciadas divisas, el futuro es incierto, Gregor
nunca ha sido temerario.

Avellaneda, La Boca, Monserrat, Congreso..., ante
un mapa desplegado, se familiariza con la topografía
de Buenos Aires y se siente diminuto ante el damero,
insignificante como una pulga, él, que hasta hace poco
tenía aterrorizado a todo un Reich. Gregor piensa en

otro damero, barracones, cámaras de gas, crematorios, vías férreas, donde pasó sus mejores años como ingeniero de la raza, una ciudad prohibida sumida en el olor acre de carne y pelo socarrados y rodeada de torretas y alambre de espino. En moto, en bicicleta y en coche, circulaba entre las sombras sin rostro, infatigable dandi caníbal, botas, guantes y uniforme deslumbrantes, gorra levemente inclinada. Cruzar su mirada y dirigirle la palabra estaba prohibido; sus propios camaradas de la Orden Negra le temían. En la rampa donde se clasificaba a los judíos de Europa, ellos estaban borrachos, pero él permanecía sobrio y silbaba entre dientes compases de *Tosca* con una sonrisa. No abandonarse nunca a un sentimiento humano. La piedad es una debilidad: con un movimiento del fino bastón, el omnipotente sellaba la suerte de sus víctimas, a la izquierda la muerte inmediata, las cámaras de gas, a la derecha la muerte lenta, los trabajos forzados o su laboratorio, el mayor del mundo, que él alimentaba con «material humano idóneo» (enanos, gigantes, tullidos, gemelos) con la llegada diaria de los convoyes. Inyectar, medir, sangrar; descuartizar, asesinar, practicar autopsias: a su disposición, un zoo de niños cobayas con el fin de desvelar los secretos de la gemelaridad, de producir superhombres y de acrecentar la fecundidad de las alemanas para poblar algún día con campesinos soldados los territorios del Este arrancados a los eslavos y defender la raza nórdica. Guardián de la pureza de la raza y alquimista del hombre nuevo: después de la guerra le esperaban una for-

midable carrera universitaria y el reconocimiento del Reich victorioso.

Sangre para el suelo, su demencial ambición, el gran proyecto de Heinrich Himmler, su jefe supremo.

Auschwitz, mayo de 1943-enero de 1945.

Gregor es el Ángel de la Muerte, el doctor Josef Mengele.

6

Bruma, lluvias violentas, el invierno austral se apodera de Buenos Aires y Gregor, tumbado en la cama, se deprime, está resfriado. Observa la carrera de una cucaracha surgida de un conducto de ventilación y se estremece bajo las mantas. No se había sentido tan indispuerto desde el otoño de 1944. Los soviéticos se lanzaban al asalto de Europa Central: él sabía que la guerra estaba perdida y no lograba conciliar el sueño, agotado por los nervios. Logró levantar cabeza gracias a su mujer, Irene. Durante el verano ella se presentó en Auschwitz y le mostró las primeras fotos de su hijo, Rolf, nacido unos meses antes, y pasaron unas semanas idílicas. Pese a su ingente tarea tras la llegada de cuatrocientos cuarenta mil judíos húngaros, vivieron una segunda luna de miel. Las cámaras de gas funcionaban a pleno rendimiento; Irene y Josef se bañaban en el Sola. Los SS quemaban a hombres, mujeres y niños

en los fosos; Irene y Josef recogían arándanos con los que ella preparaba confituras. Las llamas brotaban de los crematorios; Irene le chupaba el pene a Josef y Josef poseía a Irene. En menos de ocho semanas fueron exterminados más de trescientos veinte mil judíos húngaros.

Cuando a comienzos de otoño Josef había amenazado con venirse abajo, Irene permaneció a su lado. Se habían mudado a un nuevo barracón equipado con bañera y cocina, y tenían testigos de Jehová a su servicio.

Gregor mira el retrato de Irene colocado en la mesita de noche, una foto de 1936, el año en que se conocieron, en Leipzig. Él trabajaba en el hospital universitario, ella estaba de paso, estudiaba historia del arte en Florencia. Un flechazo: la joven tenía diecinueve años, el cabello rubio y el cuerpo delgado, el porte de una Venus de Cranach, su ideal femenino.

Gregor tose y se acuerda de Irene, con un vestido de verano, colgada de su brazo en el Jardín Inglés de Múnich; de Irene embobada en el cupé Opel corriendo por las autopistas del Reich el día de su boda, en vísperas de la guerra. Y Gregor se subleva al contemplar por milésima vez los labios finos de su esposa en la fotografía. Se negó a acompañarlo a Argentina con su hijito, a llevar una vida de fugitiva allende el océano. Mengele figura en la lista estadounidense de criminales de guerra y su nombre ha salido a relucir en varios juicios.

En realidad, Irene se lo ha quitado de encima. Con el paso de los años, en los bosques y en los hostales

de los alrededores de su escondite bávaro, Josef la notaba cada vez más distante. Sedlmeier, su padre y sus dos hermanos, Karl y Alois, le contaron que Irene, que lucía un crespón negro, se consolaba con otros hombres. «Para encubrirlo» declaró a la policía militar estadounidense que él había muerto en combate. «La muy perra», gimió Gregor en su buhardilla de Palermo: a su regreso del frente, sus compañeros fueron recibidos como héroes por sus mujeres; la suya se enamoró de un vendedor de zapatos de Friburgo antes de mandarlo al umbral de la nada.

7

En el aseo del piso de arriba, Gregor, con una toalla anudada a la cintura, admira su vientre liso y su torso lampiño, la suavidad de su epidermis. Siempre ha mimado su piel. Sus hermanos e Irene se burlaban de su vanidad de modistilla, de las horas que se pasaba hidratándose y contemplándose en el espejo, pero él bendice su coquetería, que le ha salvado la vida. Al ingresar en las SS, en 1938, se negó a que le tatuaran su número de inscripción bajo la axila o en el pecho como exigía el reglamento: cuando, acabada la guerra, los estadounidenses lo detuvieron, lo tomaron por un simple soldado y lo liberaron a las pocas semanas.

25

Gregor se acerca al espejo y examina el arco de sus cejas, su frente ligeramente prominente, su nariz, su boca astuta, de frente y de perfil, y mueve los iris, los ojos engatusadores, y súbitamente severos e inquietantes. Durante mucho tiempo, el ingeniero de la raza aria se preguntó cuál era el origen de su misterioso nombre. Mengele suena como una suerte de pastel de Navidad o de arácnido vellosos. ¿Y por qué tenía la tez y el pelo tan mates? En Günzburg, sus compañeros de clase lo habían apodado Beppo el gitano, y, desde que se oculta en Buenos Aires tras un bigote tenebroso, se asemeja a un hidalgo, a un italiano: a un argentino. Gregor sonrío rociándose agua de colonia y descubre un espacio entre sus incisivos superiores. Pese a la derrota y la fuga —con Malbranc todavía en la lista de ausentes—, ha vencido a la fiebre y se le pone tibia en un periquete. Para ser un hombre de treinta y ocho años a quien la vida y la guerra han vapuleado lo suyo, piensa, sigue siendo seductor. Gregor se peina hacia atrás como William Powell en *Matando en la sombra*, se viste y sale, el cielo luce claro, la brisa del Río de la Plata resulta reconfortante.

Lleva unos días recorriendo Buenos Aires. La colosal avenida del 9 de Julio y su obelisco; Corrientes, sus cabarés y sus librerías; el rascacielos Barolo y los cafés *art nouveau* de la avenida de Mayo; el césped cubierto de papeles grasientos del parque de Palermo; las arterias hormigueantes del centro, las pastelerías y las lujosas tiendas de la calle Florida. La víspera, observó el relevo al paso de la oca de los granaderos

ante la Casa Rosada, el palacio presidencial, el fervor de los curiosos a su alrededor, el respeto de éstos al cuerpo militar. El ejército, institución estabilizadora, en Argentina como en todas partes. Sólo los alemanes se afanan en destruir sus tradiciones con su culpabilidad colectiva, masculló en el metro que lo trasladaba al tugurio de Palermo.

Por doquier guapas mujeres, flores, perros vagabundos, plátanos y ficus, efluvios de puros y de carne asada, tiendas mejor surtidas que en Europa. Fotos de Alfredo Di Stéfano en camiseta blanca con ribete rojo del River Plate y retratos de Carlos Gardel y de Agustín Magaldi ornán los quioscos de periódicos que exhiben grabados de la Virgen y las portadas de *Sintonía*, la revista de las celebridades y de las estrellas.

Gregor se sube a un tranvía, se pierde entre el tropel de peatones y automóviles; desde su fundación, es una metrópoli abierta a los desertores y los charlatanes. No habla con nadie. Al divisar a unos judíos de barba rojiza, los hijos de los *rusos* que huyeron de los pogromos zaristas de comienzos del siglo XX, cambia de acera. En su mapa, ha rodeado con un círculo rojo el barrio de Villa Crespo y la plaza Once, donde los judíos han abierto sus talleres de confección; teme cruzarse con un espectro de Auschwitz que podría desenmascararlo.

Gregor no se siente demasiado desarraigado. Argentina, en pleno boom, es el país más desarrollado de Latinoamérica. Desde que acabó la guerra, la Europa devastada le compra sus productos alimenticios. Bue-

nos Aires rebosa de cines y teatros; los tejados son grises, los colegiales visten severos uniformes. Y como en Alemania en tiempos del Reich, la gente profesa un auténtico culto al *líder* de la nación, un dúo, un oso con un uniforme de opereta y un gorrión engastado en joyas. El redentor y la oprimida: Juan y Evita Perón se exhiben triunfalmente en todos los muros de la capital.

8

Gregor mata el tiempo elucidando el romance de la pareja en los periódicos. Se conocieron en enero de 1944, en una gala benéfica en favor de los damnificados por el terremoto que, días antes, había asolado San Juan. La joven actriz Eva Duarte se queda cautivada por el coronel Perón, uno de los hombres fuertes de la camarilla de oficiales en el poder, portavoz de los desheredados, deportista emérito, excelente orador, ojos de lince y facciones de indio: Perón ha llamado a la movilización a todo el país para que acuda en ayuda de la ciudad destruida.

Después de la velada, Perón habla en la radio, donde Evita trabaja, y Evita pasa al Ministerio de Trabajo, donde Perón pule su destino. El entusiasmo y la generosidad de ella lo impresionan: la contrata para su secretaria y no tardan en vivir juntos. Evita se entrega

a su ascendiente: «Perón, mi sol y mi cielo, cóndor gigante que vuela alto y seguro entre las cumbres y cerca de Dios. La razón de mi vida».

Perón, en plena maniobra, sigue en ascenso. Ya es ministro de la Guerra y vicepresidente del gobierno. Incrementa el presupuesto de las fuerzas armadas, crea un ejército del aire y agita en las ondas de la radio la amenaza de un ataque del vecino brasileño que nunca se producirá. Al finalizar el conflicto mundial, Estados Unidos apremia a la junta militar a convocar elecciones libres. En septiembre de 1945, una gran marcha por la libertad lanza a la calle a los opositores al régimen. Argentina ruge, los oficiales se pelean, los más liberales se deshacen de los nacionalistas, detienen a Perón y lo destituyen de sus funciones. Sus partidarios se movilizan; en respuesta al llamamiento de la Confederación General del Trabajo, obreros, sindicalistas y vagabundos marchan sobre Buenos Aires y, en la plaza de Mayo, ante las verjas del palacio presidencial, reclaman su liberación y su retorno al gobierno. Perón contrae matrimonio con Evita y a los pocos meses es elegido presidente.

Provincianos, ambiciosos y revanchistas, Evita y Perón se parecen. Él es hijo de las desoladas estepas del estado de Chubut, su padre un fracasado inestable, su madre una mujer voluble; ella, hija ilegítima de un notable bígamo de provincias. Evita aún no ha nacido cuando Perón ingresa en 1911, a los dieciséis años, en un colegio de cadetes militares. Paraná, los Andes, Misiones, la amazónica: el joven soldado explo-

ra las vísceras de Argentina en cada uno de sus destinos y descubre a peones reventados de trabajo, a los obreros de los mataderos de Buenos Aires peor tratados que los animales que llevan allí a degollar. Las desigualdades de un país rico, principal proveedor de materias primas a Inglaterra, que, a su vez, dicta su ley: los ingleses controlan la red ferroviaria, los bancos explotan los tesoros de la pampa e inmensos bosques de quebrachos rojos cuyo tanino extraen. Los grandes terratenientes acaparan el poder y celebran suntuosas fiestas. En Buenos Aires se dan la mano palacios y cuchitriles, el teatro Colón y los burdeles de La Boca.

La crisis de 1929 devasta Argentina. Proliferan los parados y los mendigos, las huelgas paralizan el país, bandas anarquistas merodean por la campiña. A Perón se le agota la paciencia. Indiferentes a las desdichas de los ciudadanos, los dirigentes corruptos organizan la penuria, predicán la democracia pero cometen fraude en las elecciones. La década de 1930: fumaderos de opio, escándalos financieros, éter y cocaína, un robo a mano armada. A mediados del infame decenio, Evita, adolescente, desembarca en Buenos Aires para convertirse en actriz.

A la cándida y frágil muchacha la engañan productores sin escrúpulos. Evita se subleva: jamás olvida ni perdona nada. Sueña con sacar violentamente a los traidores de sus inmundas guaridas, con decapitar a los barones del azúcar y de la ganadería conchabados con los capitalistas extranjeros que pisotean a los hu-

mildes como ella. Evita es más fanática y apasionada que Perón.

En 1946 se han hecho los dueños de Argentina, con el apoyo de la Iglesia, los militares, los nacionalistas y los proletarios: la hora de la espada ha llegado.

9

Los Perón quieren emancipar Argentina y anuncian una revolución estética e industrial, un régimen plebeyo. El presidente Perón atruena y vitupera, en la radio, ante las masas hechizadas, gesticula y fanfarronea, promete el fin de la humillación, de la dependencia, y una vida maravillosa, el gran salto: es el salvador, el justicialismo peronista logrará que Argentina figure en los libros de historia.

Perón es el primer político que sacude a la vetusta sociedad colonial argentina. Como secretario de Estado, ha mimado a los trabajadores; como presidente, impulsa los servicios públicos con el apoyo de la CGT, integrada en el inmenso aparato estatal. Crecimiento y autosuficiencia, orgullo y dignidad: Perón quiebra los privilegios de la oligarquía, planifica sus sueños de grandeza, centraliza y nacionaliza los ferrocarriles, el teléfono, los sectores estratégicos hasta ahora en manos de los extranjeros.

Evita es el icono de la modernización radical en

ciernes. Vestida de gala, la madona de los pobres recibe a delegaciones sindicales, visita hospitales y fábricas, inaugura ramales de carretera, reparte prótesis dentales y máquinas de coser, arroja fajos de pesos por las ventanillas del tren en el que recorre infatigablemente el país. Crea una fundación de ayuda a los descamisados, a todos los desheredados, y propaga el bondadoso mensaje peronista en el extranjero ante las multitudes que la aclaman. En 1947, durante su Gira del Arcoíris, la reciben el Papa y varios jefes de Estado.

Los Perón, mediadores del pueblo y de la voluntad divina, consolidan el orden nuevo, nacionalista y autoritario. Purgan la universidad, la justicia, la prensa, la administración; triplican los efectivos de los servicios secretos, hombres de gabardina beis y traje oscuro. Perón vocifera: «¡Alpargatas sí; libros no!»: despedido de su puesto en la biblioteca municipal de Buenos Aires, Jorge Luis Borges es ascendido a inspector nacional de aves de corral y conejos.

Perón piensa el mundo. El hombre es un centauro movido por deseos antinómicos y hostiles que galopa en una nube de polvo en busca del paraíso. La Historia es el relato de las contradicciones humanas; capitalismo y comunismo convierten al individuo en un insecto, el primero lo explota, el segundo lo esclaviza. Sólo el peronismo superará el individualismo y el colectivismo. Es un catecismo simple y popular que ofrece un compromiso inédito entre el cuerpo y el alma, el monasterio y el supermercado. Perón promete a su pueblo la posición vertical del péndulo: el fin de la

edad del centauro para Argentina, nación cristiana, nacional y socialista.

10

Centauros y descamisados, a Gregor le trae sin cuidado la improbable armonía de las antinomias peronistas. Por el momento sólo piensa en ubicarse y en salvar el pellejo.

Cuando regresa la primavera austral, deja de hacer turismo. A mediados de septiembre de 1949 obtiene una tarjeta de residencia y consigue un empleo de carpintero de obra en el barrio de Vicente López. Se muda a ese barrio, a un nuevo cuchitril con una ventana mugrienta que comparte con un ingeniero y su hijita. Una noche lo despiertan los gemidos de la niña. Ésta, la frente ardiendo, la cara lívida, sufre convulsiones y el padre, aterrado, suplica a Gregor, con quien jamás ha intercambiado tres palabras, que busque un médico lo antes posible. Gregor murmura al oído del ingeniero que él puede atenderla, siempre y cuando no revele sus conocimientos a nadie, si no, ya se las arreglará, no moverá un dedo, su hija morirá, y si luego lo traiciona, que se prepare.

Nadie debe saber que es médico. Él, que despreciaba a los manitas y los oficios manuales durante sus estudios en las mejores universidades alemanas, con-

siente en montar suelos y ajustar vigas; desde que comenzó su fuga ha tenido que habituarse al trabajo físico embrutecedor, a las faenas duras. En la granja de Baviera, tenía que limpiar la cuadra, podar los árboles, binar la tierra. Aquí las semanas van pasando, su vida es tediosa, solitaria, desde que está en Buenos Aires teme dar un paso en falso, tener un encuentro desafortunado, se enfrenta con su miedo. Gregor está abrumado. Todos los días cambia de itinerario para acudir al trabajo. Se cruza regularmente con germanohablantes pero no se atreve a abordarlos. Sueña con degustar un codillo de cerdo y un zumo de manzana en uno de los restaurantes alemanes que ha descubierto durante sus peregrinaciones invernales —el ABC, en pleno centro; Zur Eiche, en la avenida Crámer, u Otto, en el barrio de Chacarita—, pero se niega a tratar con ellos como se niega a hablar su idioma en público. Gregor tiene un fuerte acento bávaro. También ha renunciado a comprar *Der Weg*, la revista mensual que postula libertad y orden. Gregor se consuela recogiendo el correo que todavía le envían al hotel Palermo. Gracias a su amigo Sedlmeier, sigue en contacto con Irene y su familia: a través de una lista de correos, les manda cartas impregnadas de melancolía, y Sedlmeier, a su vez, le expide las cartas y los giros postales que le mandan sus padres. En su país todo va bien. La empresa familiar de máquinas agrícolas prospera, sus carretillas y sus segadoras trilladoras se venden «como rosquillas», se ufana su padre. Alemania no ha acabado de retirar sus escombros y apenas

comienza a rehacerse. Karl sénior lo espera: en cuanto los «*Amigos* revanchistas dejen de fastidiar», regresará al seno familiar y al consejo de administración. «Josef, deja de lloriquear, has luchado en el frente del Este, ya no eres un niño. Sé paciente, sigue desconfiando, todo se arreglará.»

11

Encerrado con dos vueltas de llave en la habitación abandonada por el ingeniero y su hija, Gregor escucha una ópera de Strauss mientras devora *Der Weg*. La antevíspera, presa de vértigo, soltó la sierra de espiga y estuvo en un tris de caerse de una estructura de madera de varias plantas de altura. Le debe la vida a la agilidad del capataz de la obra. Entonces, cansado de vegetar eternamente y de esperar el regreso de Malbranc, ese fantasma, corrió a comprar en el quiosco la revista de los nostálgicos de la Orden Negra y se la metió debajo de la chaqueta.

Poemas, una prosa alambicada, artículos racistas y antisemitas, como si el Tercer Reich nunca se hubiera venido abajo, Gregor se deleita con el kitsch teutónico de los autores amordazados en Alemania por los Aliados desde el final de la guerra. Lee con atención los breves anuncios por palabras de las últimas páginas, descubre tiendas de comestibles refinadas, cerve-

cerías, agencias de viajes, bufetes de abogados y librerías, la magnitud del cosmos germano argentino de la capital, y se regocija, tal vez pueda salir de su caverna, por fin dará comienzo su vida en Buenos Aires.

Al día siguiente, al salir de la obra, Gregor se persona en la sede de la editorial Dürer, en el número 542 de la avenida Sarmiento, y conoce allí a Eberhard Fritsch, su director, el editor de *Der Weg*. Fritsch examina desde detrás de su escritorio al *Hauptsturmführer*, que le relata su hoja de servicios sin revelar su auténtica identidad: ingreso en 1937 en el partido nazi, en la asociación de médicos nazis y las SS un año después, servicio militar en el Tirol, en un cuerpo de cazadores alpinos, afiliado voluntario en las Waffen-SS, Oficina Central de la Repoblación y de la Raza en la Polonia ocupada, frente del Este tras la puesta en marcha de la operación Barbarroja con la división Viking, acantonamiento en Ucrania, ofensiva en el Cáucaso, batalla de Rostov del Don, sitio de Batáisk, Cruz de Hierro de primera clase. Gregor, orgulloso de sí mismo, detalla a Fritsch cómo socorrió a dos tanquistas atrapados en el interior de su vehículo en llamas. Evoca su asignación a un campo de prisioneros de Polonia, pero no menciona Auschwitz y se lamenta de su suerte, del exilio, de su adorada patria ocupada, de la inmensidad de Buenos Aires y de su nostalgia del uniforme. Necesita desahogarse.

Fritsch enciende un cigarrillo y siente empatía. Conserva un recuerdo deslumbrante de la reunión de las Juventudes Hitlerianas en la que participó a los

catorce años durante su única estancia en Alemania, en 1935, y no se cree una sola palabra de los horrores que la propaganda aliada imputa al nazismo, «mentiras dictadas por los judíos». Ha fundado la editorial Dürer para acudir en ayuda de soldados como Gregor. Abre sus columnas a los literatos de la sangre y el suelo censurados en Europa y les propone tarifas excepcionales en esos tiempos de hambruna, pastillas de caldo, conservas de carne y cacao en polvo; ofrece a los camaradas aterrizados en las orillas del Río de la Plata un punto de encuentro, redes. El joven Fritsch asegura a Gregor que tiene «el brazo muy largo» y que puede estar tranquilo: en Argentina, tierra de fugitivos tan grande como la India, no existe el pasado. Nadie le preguntará de dónde viene ni por qué está allí. «A los argentinos les importan un comino los rifirrafes europeos y siguen echando en cara a los judíos el haber crucificado a Cristo.»

Gregor escucha a Fritsch contarle, radiante, la fiesta organizada en el estadio Luna Park de Buenos Aires para festejar el Anschluss; cómo Argentina, oficialmente neutral, fue la cabeza de puente de la Alemania nazi en Sudamérica durante la guerra. Los alemanes blanquearon allí millones y millones de dólares y se procuraron divisas y materias primas. Sus servicios de espionaje habían establecido su cuartel general regional en Buenos Aires. «Aquí se montó la caída del gobierno boliviano proamericano a finales de 1943. Perón y los coroneles, que tomaron el poder aquel año, intentaron aliarse con el Führer. Dispersaron vio-

lentamente la manifestación que celebraba la liberación de París e impidieron la distribución de *El gran dictador* de Chaplin. Cuando cayó Berlín, Perón prohibió a las emisoras de radio que transmitieran la noticia: queríamos construir un bloque de naciones favorables a los nazis para joder a los yanquis. Pero nos obligaron a romper las relaciones diplomáticas con Alemania, y más tarde a declararle la guerra. Resistimos con todas nuestras fuerzas hasta finales del invierno de 1945. Argentina fue la última nación en entrar en guerra...» Suena el teléfono, Fritsch se interrumpe y despide a Gregor.

12

De buena gana le daría un puñetazo en la cara al guapito de ojos azul grisáceo. O, si no, un buen mazazo en los dedos, zas, en las falanges, o, mejor aún, en las uñas, sí, muy a gusto le arrancarías las uñas de las dos manos a Fritsch, una tras otra. Gregor interpreta la escena en el cuarto de baño del cuchitril de Vicente López mascullando: «¿Cómo te atreves, Eberhard, argentinillo de mierda? Has pasado quince días en Alemania ¿y me vas a dar a mí lecciones con la autoridad de tus veintiocho años? Pues sí, los “horrores”, como dices tú, los horrores existieron, la Alemania asediada tenía que defenderse, aplastar a las fuerzas de la destruc-

ción empleando todos los medios posibles. La guerra no es un juego de niños, y el nazismo, pedazo de cretino, no se limita a las grandiosas coreografías de las Juventudes Hitlerianas». Gregor machaca el tubo de pasta dentífrica y luego se calma, bruscamente; si no, llegará tarde a la obra; el más mínimo retraso le resulta insoportable.

Gregor pasa cada vez con mayor regularidad por la revista, eje de los nazis en Buenos Aires. Se cruza allí con un personaje brutal del que había oído hablar en Auschwitz, uno de sus proveedores regulares; acompañado de un perro adiestrado para despedazar carne humana, Josef Schwammberger dirigió campos de trabajos forzados y liquidó varios guetos en Polonia. Conoce también allí a Reinhard Kops, el especialista en complots judeomasónicos de la revista, un exagente de los servicios secretos de Himmler en los Balcanes, y traba amistad con aquel al que Fritsch considera su «mejor pluma, el gran artesano del éxito creciente de *Der Weg*», un autor en cuyos trabajados artículos ha reparado Gregor, Willem Sassen. Aunque se pasa con el whisky y fuma sin parar (Gregor no fuma), el holandés políglota de traje a rayas le causa buena impresión. Gregor ha procurado siempre no alternar más que con peces gordos y mandarines: tanto en la universidad como en Auschwitz, no se mezcló nunca con la morralla de las SS, sólo con los médicos jefes y los comandantes del campo. No soporta la mediocridad.

Los dos bigotudos se husmean. Al igual que Gregor, Sassen, afiliado voluntario a un grupo de las SS

holandesas, luchó en el frente ruso y penetró en territorio soviético, hasta el Cáucaso, donde resultó gravemente herido. Al igual que Gregor, Sassen, propagandista del Reich en las ondas belgas y colaboracionista de primera, fue detenido después de la guerra en Holanda y condenado a una dura pena de cárcel, pero se escapó en dos ocasiones antes de trasladarse a Irlanda y luego a Argentina, al timón de una goleta que zarpó de Dublín.

Sassen aprecia la cultura clásica y la fuerza de las convicciones de su nuevo amigo, el médico: Gregor confía en su discreción y, por primera vez desde que está en Buenos Aires, le ha revelado su verdadera identidad y su historia. Como todos los demás, las mujeres las primeras y luego Fritsch —quien paga al holandés un sueldo considerable y su alquiler—, Gregor se deja seducir por la prestancia y la locuacidad de Sassen: en unos meses, el astuto holandés ha aprendido el español a la perfección y se ha hecho un sitio en Argentina. Su agenda de contactos impresiona a Gregor. En cuanto sea posible, Sassen le presentará a Rudel, de quien es ocasionalmente chófer y negro, sí, el célebre coronel Hans Ulrich Rudel, el as de la Luftwaffe, el piloto más condecorado de la historia alemana (2.530 misiones, 532 tanques destruidos), otro refugiado en Argentina, y a varios peces gordos más. Podrá conocer también al presidente Perón, que «siempre tiene mucho tiempo que dedicar a los alemanes».